

—¡Ay, Monseñor!—respondió el soldado,—¡Dios lo sabe! Lo que podemos hacer es tomar por asalto la ciudadela de Graville, y ver de encontrar allí al que buscamos.

Orleans movió lentamente la cabeza con aire indeciso; luego saludó al rey y la reina, puso piernas á su corcel y partió á galope por la calle de Geofroy Lasnier. Jerónimo Ripail, que halló medio de hacerse con un caballo, le seguía de todo corazón, y vióse luego que las cien lanzas de Champaña, dirigidas por el más joven de La Tremoille, corrían á todo escape por la ribera derecha del Sena.

El cortejo real reanudó su marcha lentamente, siguiendo el paso de los trompeteros que tocaban al frente de la comitiva; la duquesa de Bretaña, que iba ahora sola y pensativa, decía en su interior:

—¡Si el otro fuera el rey!

III

JUAN MORENO

Nos es preciso retroceder algunas horas y volver al sitio en que dió comienzo nuestro relato.

La noche estaba aún cerrada y sombría, y en derredor del castillo de la Marche reinaba un silencio sepulcral. A lo largo del canal denominado Pequeño Sena, y en las cercanías del Prado de los Clérigos, á cosa de trescientos ó cuatrocientos pasos de las murallas, velanse lucir dispersas algunas fogatas medio apagadas; cuatro ó cinco compañías de hombres de armas, que no habían podido alojarse en el castillo, vivaqueaban por aquellos contornos. Otros fuegos brillaban también en el cercado de Bruneau, entre San Sulpicio y la puerta de San Germán. Era éste el campamento de los soldados y aventureros

de Graville, que aquella misma noche habían sido arrojados de sus posiciones del norte de París.

Notábase gran desaliento entre estas tropas ya vencidas: soldados y jefes, extenuados de cansancio, dormían profundamente; los que pudieron resistir los atractivos del sueño, conversaban en voz baja en torno de las fogatas casi apagadas, y decíanse con acento significativo que no habían visto á Graville en el lugar del combate.

Muchos habían intentado penetrar en el figón del tío Amapola, para beberse los últimos restos de su menguada bolsa y ver de recobrar así un poco de ardimiento; pero el figón del tío Amapola estaba herméticamente cerrado y guarnecido como una fortaleza: según se decía, hallábanse en su interior prisioneros y enfermos; pero todo el mundo ignoraba el nombre de los primeros. Los amigos de contar noticias, afirmaban que el tío Amapola había cedido su cama al capitán Vincencio Tarchino, que acababa de perder un brazo en la batalla.

¿En qué batalla? Este era el misterio, porque Vincencio Tarchino no se había presentado tampoco en ninguna parte á oponerse al paso de las tropas del duque de Orleans.

¡Qué lejos parecía estar ya la gran fiesta del día anterior! Hubiérase dicho que había transcurrido más de un siglo desde que se presenciaron aquellas magnificencias. No faltaba, sin embargo, quien sostuviera que Graville había prolongado la mascarada hasta la noche sangrienta que estaba expirando, llegando á suponerse que su ausencia era debida á una frívola aventura.

La hermosa entre las hermosas, Blanca de Armagnac, se había fugado. Según unos, no había vuelto á aparecer, y según otros, hallábase en aquel momento cautiva en el mesón del tío Amapola.

Pero todo eso, en definitiva, importaba poca cosa;

eran sucesos bien insignificantes, en comparación de la gran batalla que, según todas las probabilidades, iba á librarse al día siguiente. Los soldados de Graville preparábanse para esta función de guerra sin entusiasmo y sin calor; pensaban batirse, porque era éste su oficio ó profesión; pero más de uno discurría ya el modo de hallar un arbitrio para ajustar la paz, caso de ir mal el negocio.

Entre los cercados de la abadía de San Germán y la pequeña tapia que circuía el figón del tío Amapola, dilatábase una selva virgen cuyos árboles habían alimentado las hogueras de los vivaques; esa selva no distaba más de cien pasos del campamento del Prado de los Clérigos. Cuando los primeros fulgores del crepúsculo penetraron entre el follaje de las encinas, hubiérase pedido observar, medio reclinado sobre el musgo, á un hombre vestido de soldado, armado á la ligera y que parecía, materialmente, rendido de fatiga; su codo se apoyaba en la húmeda hierba, su pecho se elevaba impulsado por sacudimientos convulsivos y su resuello silbaba al pasar por la garganta. Habíase quitado la caperuza, y sus largos y lacios cabellos caían en recios mechones sobre su espalda.

—Ella está llorando—decía, mientras su mano flaca y huesosa enjugaba una lágrima que iba á caer de su pupila;— está llorando, sola y desamparada, de rodillas en su reclinatorio... cuenta las horas, cuenta los minutos... Llama á su hijo, ¡ay! su pobre hijo tan amado, que era su único tesoro en este mundo.

El soldado pasó los dedos por su frente, bañada en frío sudor.

—¡Y soy yo—añadía,—yo, quien, en mi orgullo, creía ser el más fiel de los servidores! No: lo que soy yo es el instrumento de que se ha valido Dios para preparar este desastre. La duquesa Isabel no

me llama ya á estas horas; la duquesa Isabel no me dirá ya más: «¿Dónde estás, Pacifico, mi pobre amigo; tú que me has consolado en medio de mis tribulaciones?» La duquesa Isabel me maldice, estoy cierto de ello. ¿Qué haría yo, si fuera madre, con el que hubiera llevado á mi hijo á la perdición y la muerte?

Hasta en lo más vehemente de su dolor, el pobre Pacifico era siempre el mismo; las quimeras se apoderaban de él para avasallar su pensamiento y llegar á filtrar en lo más profundo de su desesperación.

Permaneció un instante inmóvil; luego su cabeza se inclinó sobre su pecho, mientras murmuraba:

—¿Sé yo, por ventura, lo que he visto de dos días á esta parte? ¿Sé yo si poseo mi cabal juicio, ó si, por el contrario, he perdido la razón?... He visto dos jóvenes, que eran mis hijos... ¿Los habré visto en sueños?

Callóse un momento, durante el cual pudo oír á lo lejos los gritos aislados de los centinelas y el canto de los gallos que saludaban el crepúsculo de la mañana.

—¡Mas, ay!—añadió,—siento que una venda cierra los ojos de mi razón. No veo más que fantasmas: lo único verdadero, lo de que no puedo dudar, es de que he visto al hijo de mi dueña y señora, bañado en su propia sangre; de que he visto robar al heredero de Armagnac, moribundo, y de que á la hora presente estoy aquí sumido en la impotencia y en la ociosidad, mientras aquellos miserables cavan, tal vez, la tumba de mi señor.

Irguióse y sacudió su cabellera, como el león que, al aprestarse para el combate, agita con violencia su melena.

—¡Y, sin embargo, yo soy fuerte!—exclamó con súbita exaltación;—yo lo ignoraba, pero ello es que

soy fuerte. Si yo hubiera tirado recto sobre Tarchino, le habría abierto el cráneo, como dividiría este árbol en dos si fuera mi voluntad.

Esto diciendo, empuñó con ambas manos su espada, descargándola sobre el tronco de una joven encina, con tal violencia, que lo cortó como si hubiera sido un tierno y frágil junco.

—¡Cáspita, buen hombre!—dijo una voz simpática, no lejos de él:—la cabeza de maese Vincencio no es tan dura como eso.

Volvióse Pacífico sobresaltado, y vió cerca de sí á aquel joven paje, uno de los hijos, que su memoria evocaba poco há; pero su espíritu quebrantado carecía ya de fuerzas para seguir su delirio, y el aspecto del joven atrajo todo su pensamiento hacia Juan de Armagnac.

—¡Ah, sois vos!—murmuró, dejando caer su espada. He pasado mucho tiempo buscándoos por la margen izquierda del Sena y también por las cercanías del castillo. ¡Vos me habíais dicho que estábais seguro de volverle á encontrar!

Juan Moreno, pues era él, examinó con atención el tronco de la encina cortada.

—¡Por mi santo patrón!—dijo.—Este tajo habría abierto en canal á un gigante desde el cráneo á los riñones.

—En cuanto á lo que decís, buen hombre—añadió dirigiéndose á Pacífico,—si vos habéis recorrido toda la ribera y toda la selva, yo no he economizado tampoco mis piernas y los demás miembros de mi cuerpo. Cuando os dejé allí, delante del Louvre, no se oía ya apenas el galopar de los caballos, y, sin embargo, no había más indicio que éste que me pudiera guiar en mis pesquisas. Yo también me puse á galopar, á pesar de no tener caballo, y me lancé hacia la Torre de la Esquina, convencido de que la barca para pasar el río debía estar esperando por

aquellas inmediaciones. No me equivoqué; pero cuando hube llegado allí, los bribones estaban ya embarcados y navegaban en mitad de la corriente.

—¡Santo Dios, Santo Dios!—murmuró Pacífico.—¿Y no había otros bateles amarrados cerca de la Torre?

—Ni siquiera una balsa—replicó Juan Moreno.

—¿Entonces habéis tenido que aguardar la vuelta del batelero?—dijo Pacífico desalentado.

—En manera alguna—exclamó el paje, echándose á reír con toda su alma.—Tocad solamente mi ropilla, y veréis si tengo yo necesidad de una chalupa para cruzar el río.

La mano de Pacífico tentó la vestidura de Juan Moreno.

—¡A nado!—prorrumpió, abriendo desafortadamente los ojos.—¿Habéis cruzado el Sena nadando? Y apoyó ambas manos en los hombros del joven.

—¿Le queréis, pues, también mucho?—tartamudeó Pacífico.

—A fe mía, os digo, excelente varón, que no le amaría más si fuera mi propio hermano.

—¿Hace, por ventura, mucho tiempo que le conocéis?

—Le conozco desde anteayer.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Batiéndonos á estocada limpia, buen hombre.

Pacífico retrocedió lleno de sorpresa; estas costumbres no eran en verdad las suyas, y su espíritu grave no podía seguir este orden de ideas.

—El agua no está muy fría en esta estación—prosiguió alegremente Juan Moreno.—Llegué á la orilla opuesta casi al mismo tiempo que varaba la barca, con su cargamento de bandidos. He podido ver entonces á Juan Rubio, atravesado sobre el caballo de Pedro, y á Blanca de Armagnac, tendida á lo largo del caballo de Raúl. En cuanto á Vincencio

Tarchino, estaba más pálido que un espectro. La tierra húmeda que había aplicado á su brazo no pudo impedir la hemorragia. Manteniase á caballo lo mejor que podía, y sospeché más de una vez que iba á caer sobre el camino.

—¿Pero Juan de Armagnac?...— interrumpió Pacífico;—habladme de Juan de Armagnac.

La fisonomía picaresca del joven soldado tomó un aire pensativo que no le era habitual.

—¿Es decir, que él se llama de veras Juan de Armagnac?—murmuró.

Y luego, como si hubiera querido desechar una idea importuna, sacudió la cabeza y dijo con acento deliberado:

—Cuatro piernas pueden más que dos, buen hombre. Tan luego desembarcaron los tunantes echaron á correr á galope; y todo lo que yo pude hacer fué no perder del todo sus huellas.

—¿De esta suerte, vos sabéis dónde está?—preguntó Pacífico.

Juan Moreno hizo una señal afirmativa.

—Puedo deciros que si he llegado á averiguarlo, no ha sido sin trabajo—continuó el paje;—les perdí de vista al final del Prado de los Clérigos y no hice grandes esfuerzos por alcanzarles, porque abrigaba la seguridad de que se encaminaban directamente al castillo de la Marche. Eran, poco más ó menos, las doce de la noche cuando llegué delante del puente levadizo; estaba todo más obscuro que el infierno, y no se divisaba en las ventanas una sola luz; el castillo parecía muerto... tan sólo cuando me aproximé á la poterna, un dado de arcabuz, luego dos y después tres, han silbado cerca de mis oídos, persuadiéndome así de que había hombres vivos detrás de las murallas.

Echéme entonces boca abajo sobre la hierba, por más que no fuera éste un medio muy á propósito

para secar mi maldita ropilla, que me estaba enfriando hasta la medula de los huesos. Así he permanecido una hora larga; y como esto en nada contribuía á mejorar los asuntos de mi amigo Juan Rubio, empecé á deslizarme alrededor de las murallas para ver de penetrar por la poterna que se abre junto á los fosos de París.

Esa poterna y yo somos amigos antiguos cuando no está cerrada con el gran barrote; conozco un medio de abrirla, tanto que más de una vez he entrado por allí en el castillo, después de una larga escapatoria; pero la poterna estaba cerrada con la gran barra, y como tanteara para abrirla, otros dos ó tres dados de arcabuz han hecho saltar algunas ramas de los árboles inmediatos á mi persona.

¡Bajo los muros de la Marche, los dados de arcabuz llovían esta noche al menor pretexto!

Así las cosas, no quedaba ya más que una manera de concluir este negocio: heme presentado otra vez ante el puente levadizo, y he aguardado á que saliera una ronda para colocarme en filas, uniéndome con los soldados de la Marche, que son mis camaradas. Media hora después hallábame en la sala de armas del castillo.

Pacífico soltó un largo suspiro; ¡por fin iba á saber algo!

—Pero el mismo diablo enreda este asunto, creedlo, buen hombre—añadió Juan Moreno.—En el castillo nadie había visto á Vincencio Tarchino, ni á su prisionero, ni á Blanca. Tan sólo, una hora antes, el soldado Raúl había ido en busca de maese Anibal Cola, barbero, bañista, extractor de quintaesencias, envenenador de ratas y médico de hombres, para que asistiera á un enfermo, que no era otro más que Vincencio Tarchino en persona. Como se ve, hasta entonces había yo llevado un camino torcido; pero si la poterna se burló de todas mis mañas

cuando estaba fuera, me era bien fácil abrirla por dentro: por este punto salí otra vez al campo, y púsemelo de nuevo sobre la pista.

No hace de eso mucho más de una hora; he ido dando vueltas hasta llegar al figón del tío Amapola, que está cerrado como una casa fuerte y rodeado de centinelas.

Hay un procedimiento seguro: cuando el frente está impracticable, hay que examinar alrededor; así fué que yo di un paseo de circunvalación, y de este modo he conseguido ver algo.

—¿Qué es lo que habéis visto, joven?—preguntó Pacífico, que sudaba la gota gorda.

—¿Conocéis á Mireta?—dijo Juan Moreno.

—No, joven, no conozco á Mireta.

—¡Peor para vos, buen hombre! Mireta es hija de la mesonera de la Urraca, en el cuartel del Mercado, y esta mesonera es la mujer del tío Amapola, tabernero extramuros de París. Mireta, á quien no conocéis, va á ser nuestra providencia; sin ella no me veríais tan animado, porque ¡canario! no vería medio de servir á mi único amigo, á Juan Rubio.

—Escuchad—interrumpió Pacífico, cuya pesadumbre y desaliento se hacían visibles;—explicaos mejor, porque os digo, por el nombre de Dios, que me hacéis morir.

Juan Moreno le miró sorprendido.

—Páreceme, sin embargo—replicó,—que yo no hablo en enigmas... pero si queréis saberlo todo de una vez, voy á contároslo en seguida. Yo conozco el figón del tío Amapola, por haberlo frecuentado tal vez demasiado. Detrás de la sala en que se bebe, hay tres aposentos; yo he visto que los tres estaban alumbrados, y me he levantado de puntillas, con mucho cuidado, para ver yo mismo lo que pasaba allí dentro.

En el primer cuarto he visto á maese Vincencio

en manos de su respetable primo, maese Anibal Cola. Este tanteaba y pinzaba el brazo de Tarchino, quien torcía la boca, como un hombre que reniega de Dios por perversidad y por costumbre.

En el segundo aposento he distinguido á la joven Mireta, de que os hablaba poco ha, con un inocentazo llamado Simón, á quien un día brearé á palos por motivos que sólo atañen á mi persona. En el tercero he visto, por último, á mi hermano Juan Rubio, acostado en una buena cama, con el semblante un poco pálido, pero durmiendo como un ángel.

Pacífico unió sus manos, mientras copiosas lágrimas rodaban por sus mejillas; luego, sin decir palabra, echó á andar á grandes pasos hacia el figón del tío Amapola. Juan Moreno precipitóse tras de él y le detuvo por un brazo.

—¿Dónde vais ahora, buen hombre?—exclamó riendo;—si yo estoy aquí charlando como un titiritero, es porque tenemos tiempo de sobra... No lo sabéis aún todo y es mucho lo que me queda que contar.

Mientras yo estaba reflexionando cómo me las compondría para llamar la atención de Mireta sin despertar las sospechas del gran idiota y bestia de Simón, Tarchino ha empezado á prorrumpir en gritos furiosos; al parecer, su primo Anibal no tiene la mano muy suave. He vuelto entonces á atisbar por la primera ventana, y he visto á Tarchino echando espumarajos por la boca, de pie sobre su cama y luchando con Anibal Cola, que le quería contener. Vincencio se ahogaba y pedía aire para respirar, por lo que han abierto de par en par la ventana de su aposento. Esta circunstancia me ha permitido oír todo lo que se decía en el interior.

—¡Que el diablo me conceda tan sólo la dicha de poner en mis manos al bribón de Juan Roldán!—aullaba Tarchino con frenesí;—yo le hundiré los dos

ojos, le arrancaré las entrañas y haré ascua mi daga para clavársela en el corazón.

—¿Y quién es ese Juan Roldán?—preguntó Pacífico.

—Soy yo—respondió el paje;—pero no os fijéis en eso, que no vale la pena... Maese Tarchino tiene una fiebre abrasadora, y lo menos que puede hacer es rabiarse un poco contra el que se la ha producido. Algo peor era lo que decía cuando, cansado de vomitar invectivas contra mí, gritaba: «Por lo menos tengo al otro. Nadie podrá arrancarlo de mi poder, y éste pagará por todos.»

—¡Y aún decís que nos sobra tiempo!—exclamó Pacífico, cuyos cabellos se erizaban sobre su cabeza;—ese Vincencio Tarchino es un tigre que va á devorar á mi pobre señor.

—Paciencia, paciencia—murmuró Juan Moreno;—ya nos presentaremos allí cuando nuestra presencia sea necesaria. Por de pronto, el tigre ha quedado aletargado como una marmota en invierno y no piensa en devorar á nadie. En lo más agudo de su exaltación rabiosa, ese brujo de Aníbal Cola ha vertido algunas gotas de no sé qué elixir en una copa de agua y le ha dicho: «Bebed esto, primo, ó yo no respondo de vuestra vida.»

En el fondo, ese Vincencio es como todos los descreídos, pues le inspira la muerte indecible terror; ha bebido la copa sobre cuyo borde chocaban convulsivamente los dientes del herido, y á poco se ha ido calmando hasta el punto de caerse tendido en la cama, sin movimiento y sin voz.

—Así dormirá hasta que salga el sol—ha dicho maese Aníbal Cola;—que nadie meta ruido cerca de él y que vayan á buscarme tan luego como despierte.

Por lo demás, buen hombre, apenas los primeros fulgores del alba nos dejan ver las torres de la ciu-

dad; así es que de aquí á la salida del sol nos queda mucho más de una hora... Cuando el sol brille, será preciso que nos encontremos los dos con la espada en la mano, junto al lecho de mi amigo Juan Rubio.

Pacífico le estrechó contra su corazón y le besó sin decir palabra. Luego pasó su mano por la ropilla, empapada en agua, del paje, y murmuró:

—¡Esto no quiere secarse, y la madrugada está fría!

Y deshaciéndose de la capa que envolvía su traje de hombre de armas, la puso en los hombros de Juan Moreno.

—Gracias, buen hombre—dijo el mancebo;—empezaba ya á tiritar. Para terminar mi historia, os diré que cuando todo estaba en paz en el cuarto de Vincencio, me he acercado con precaución á la otra ventana y he golpeado ligeramente sus cristales. El bestia de Simón dormía en pie, y Mireta se ha asomado sin que al abrir los postigos levantara el más leve rumor, pues habéis de saber que la taniña es más lista y graciosa que un hada. «¿Sois vos, caballero Juan?—me ha dicho.—¿A qué venís aquí, Santo Dios? ¡El capitán Tarchino ha jurado vuestra muerte!»—El capitán acostumbra á quebrantar todos sus juramentos, hijita—he respondido yo.—«Os lo ruego, os lo suplico—ha continuado diciendo, mientras juntaba sus blancas y diminutas manos:—¡poneos en salvo, caballero Juan, para que no tenga que llorar vuestra muerte!»

Yo he dicho entonces: si yo me escapara ahora, sería por la primera vez desde que he llegado á la edad viril. Lejos de pensar en escaparme, es preciso, por el contrario, que entre y vea á mi hermano Juan Rubio, que está acostado en el aposento vecino.

Ella ha meditado un instante, y luego se han bajado sus ojos hasta fijarlos en tierra.—«Caballero

Juan—me ha dicho,—mi madre sabe ya que pretendéis ser mi esposo, y yo tengo absoluta confianza en vos; pero si entrarais ahora en la venta, podríais comprometer el éxito de todos vuestros planes. Mi padre duerme en el mismo cuarto en que descansa vuestro hermano de armas, y ya sabéis que detesta la raza de los Armagnac. Dentro de una hora se levantará para servir á los soldados que llegarán, en no escaso número, á la sala común; de aquí á entonces espero hallar un pretexto para alejar á Simón de mi lado... ¿y quién sabe si durante este intervalo vendrá mi buena madre en nuestra ayuda?»

Aquí Juan Moreno se interrumpió para decir:

—Bueno, hombre; conviene que os diga dos palabras acerca de lo que sucede en París. Mireta dejó la ciudad anoche después de las doce, y abandonó la casa de su madre, porque se batían de firme en el cuartel del Mercado. Si conseguimos solamente que mi hermano Juan Rubio pase esta mañana sin sufrir ningún contratiempo, podrá dársele por salvado.

—¿Quién se batía, pues, en el cuartel del Mercado?—preguntó Pacífico.

—El rey contra la regente—replicó el paje;—ó lo que es lo mismo, Luis de Orleans contra Olivier de Gravelle.

—¿Luis de Orleans?—repitió el pedagogo.—¡Es verdad! Ayer estuvo también en la fiesta... ¡Protegednos, Señor; protegednos, Virgen Santa, y no nos dejéis naufragar tan cerca del puerto de salvación!

—Cerca del puerto, efectivamente—dijo Juan Moreno,—porque Luis de Orleans ha desalojado ya á Gravelle de todas las posiciones que ocupaba en el interior de París. Y si la tía Amapola me hubiera pedido consejo, le habría dado el de que dejara á su hijita en la posada de la Urraca, donde estaría más

en seguridad que en esta parte de las murallas. Sin embargo, esta coincidencia es providencial, pues Mireta será quien salvará á mi hermano Juan Rubio. La niña ya nos espera, y pronto será la hora convenida. Vamos, pues, á empezar nuestra tarea; pero si no tenéis inconveniente, buen hombre, desearía que antes me suministrarais algunos antecedentes que necesito para mi gobierno.

Juan Moreno pronunció estas últimas palabras dando un paso hacia Pacífico y con un acento muy marcado. El pedagogo fijó en él su mirada absorta y distraída.

—¿Antecedentes, noticias?—replicó sorprendido.

—Preguntad, joven; no recuerdo haber visto en mi vida un mocito más digno y cumplido que vos. Lo poco que sé estoy pronto á revelároslo: ¿se trata de lengua latina ó de ciencias filosóficas?

Juan Moreno se echó á reír, exclamando:

—¡Un cuerno! Las noticias ó antecedentes de que os hablo se relacionan con nuestros asuntos. Decidme, ante todo, os lo suplico: ¿por qué seña habéis conocido que mi hermano Juan Rubio es el legítimo heredero de Armagnac?

Pacífico no comprendió, al principio, lo que se le pedía, por lo que fué necesario que el paje formulara muy claramente su pregunta.

—¡Qué seña!—exclamó entonces.—¿De qué seña tenía yo necesidad, siendo así que no me he separado de mi joven señor desde su infancia?

—Bien—dijo Juan Moreno con aire pensativo;—¿entonces no le conocéis porque lleve el escudo de Armagnac grabado en su pecho?

—¿Cómo lo sabéis?—preguntó Pacífico conmovido.

—Lo sé y esto basta. Así, repito: ¿no es por esto por lo que le reconocéis?

—No, palabra de honor y de cristiano—respondió Pacífico;—no habiéndole perdido jamás de vista ni

un solo día, no he tenido necesidad de ningún signo para conocerle.

Frotóse Juan Moreno las manos.

—¡Tanto mejor!—dijo.

—¿Por qué *tanto mejor*?—preguntó Pacífico.

—Porque, buen hombre, habría vivido yo contristado si la suerte me hubiera hecho el rival ó el competidor de mi amado Juan.

—Y ¿cómo era posible que la suerte os destinara á ser rival ó competidor del heredero de Armagnac?—volvió á preguntar Pacífico.

Juan Moreno no respondió. Apartó de sí la capa, desabrochándose el jubón de cuero lentamente y sin decir palabra alguna. Pacífico le miraba, tan distante de sospechar lo que iba á ver, que puede decirse que no llegó á despertarse su curiosidad.

Juan Moreno, que había ya abierto su ropilla y su jubón, separó luego del pecho su camisa

—Mirad esto, buen hombre—dijo con voz un tanto alterada por la emoción.

El crepúsculo matutino permitía ya distinguir los objetos. Pacífico miró y dió un paso atrás; frotóse los ojos, y volvió á mirar de nuevo.

—¡El escudo de Armagnac!—murmuró con profunda estupefacción.—Absolutamente igual al que yo grabé en el pecho de nuestro joven señor el duque Juan.

IV

DOS NAPOLITANOS

El figón del tío Amapola había ganado mucho en importancia desde los tiempos de los señores de Armagnac; de suerte que el pícaro viejo del tabernero, además del espíritu de contradicción que le impulsaba á obrar siempre al revés de su esposa, te-

nia realmente sus motivos para ser partidario de Graville. Era el más afortunado de los venteros.

Aquel día, sin embargo, su despertar fué saludado por alarmantes noticias; oíase á lo lejos el estruendo de las descargas de arcabuces, y los labradores que habitaban en las afueras de la puerta Bucy, decían que no se permitía entrar ni salir á nadie. Distinguíase una gran tropa de hombres de armas al otro lado del Sena, junto al castillo del Louvre.

El tío Amapola prefería las noches de fiesta á los días de batalla. Sabía vagamente, como todo el mundo, que se trataba de una lucha en la que su señor, Olivier de Graville, sostenía la bandera de la regente; el éxito era problemático, y hacía ya siglos que el pueblo estaba acostumbrado á ver rodar las cabezas de los señores rebeldes. El niño rey, aunque fuera un ser débil y falto de audacia, al fin era el rey.

Naturalmente, todo el mundo ignoraba en las inmediaciones del castillo de la Marche la capitulación de la hija de Luis XI; creíase atrincherada en su palacio, dispuesta á sostener un sitio, si preciso fuera, y determinada también á sitiarse el palacio del rey, si la ocasión se presentara propicia.

En medio de estos temores, el tío Amapola poseía no pocos motivos de esperanza y hasta de orgullo; su casa era, en verdad, la sucursal del castillo de la Marche; la sala común se veía atestada de hombres de armas. Vincencio Tarchino, el favorito del señor, ocupaba uno de los aposentos del mesón, y en otro de los cuartos yacía herido, bajo la custodia de dos arqueros, un joven caballero, de quien se decía ser uno de los rehenes de mayor importancia. En otro aposento, en fin, había pasado la noche Blanca de Armagnac, heredera única del difunto duque de Nemours.

Todas esas personas habían llegado la noche anterior, cuando estaban cerradas ya las puertas de la taberna. Amapola afirmaba haber visto con sus propios ojos á Blanca desvanecida en los brazos del arquitecto Raúl, y al joven caballero, que llevaba un traje de mascarada rosa y azul, atravesado sobre el caballo de Pedro, el mercenario. Detrás de ellos entró el pobre capitán Tarchino, que llevaba tronchado el brazo derecho, y que vacilaba como un hombre próximo á morir desangrado.

Pero la posada del tío Amapola iba á recibir, sin embargo, nuevos huéspedes aún. A media noche llamaron otra vez á la puerta del cercado de la venta, y el viejo tabernero no pudo dejar de abrir, porque reconoció la voz dulce de Mireta, su hija, que llegaba acompañada de Simón.

Por último, al despuntar el día oyóse gran estrépito de caballos en la carretera que conducía á la puerta de San Germán. Era un pelotón de jinetes que, en lugar de dirigirse al castillo de la Marche, se detuvo delante de la puerta del tío Amapola. El jefe de la escolta echó pie á tierra é hizo avanzar á dos mujeres que iban entre filas. Amapola dióse á todos los diablos cuando vió que una de ellas era su propia mitad, á quien no había visto desde hacía muchas semanas. La otra mujer iba tapada con un velo. El jefe de la escolta ordenó al tabernero que pusiera un aposento á disposición de las dos mujeres, y se retiró, dejando dos hombres de armas para custodiar á la cautiva, que era la del velo.

Entremos ahora en el cuarto donde el capitán Vincencio Tarchino había pasado la noche. Continuaba durmiendo aún, ó mejor, estaba sumido en el letargo calenturiento que le había ocasionado el brebaje de Anibal Cola. Al pie de su cama conversaban en voz baja los soldados Pedro y Raúl; y de vez en cuando oíase el clamoreo que

ahogaba el ruido, cada vez más próximo, de la arcabucería.

—¡Por mi santo patrón!—decía Raúl,—es un martirio oír de este modo el rumor de la pelea, sin saber quién es el vencedor y quién el vencido.

—Yo no he ofrecido mi espada á mosén Olivier—replicó Pedro,—para quedarme aquí á cuidar á un demonio enfermo... Diríase que los baluartes de la ciudad hacen fuego contra los muros del castillo de la Marche.

—A mí me produce ese mismo efecto—dijo Raúl, que cruzó de puntillas todo el aposento para mirar lo que ocurría por la parte exterior.

Desde la planta baja del mesón no podía divisarse el recinto fortificado de París; pero elevábase una columna de humo sobre el castillo de la Marche, y esto bastaba para corroborar la opinión de los dos soldados.

Cuando Raúl hubo vuelto á su sitio, una explosión más fuerte que las anteriores hizo temblar todos los cristales de la taberna.

—¡Es la *Santa Ana!*—tartamudeó Pedro.—Conozco su voz, porque la he hecho cantar muy á menudo. ¿En esas estamos ya?

La *Santa Ana* era una de las cuatro culebrinas que arrojaban proyectiles de piedra, que Luis XI mandó colocar en la puerta Bucy.

En aquel momento los primeros rayos del sol penetraban por la ventana; y confirmando la predicción de maese Anibal Cola, Vincencio Tarchino abrió los ojos. Al pronto no tuvo conciencia de lo que había pasado la vispera, y quiso levantar su brazo derecho para frotarse los párpados inflamados por la fiebre; pero el dolor que experimentó al intentar este movimiento, le arrancó un grito de agonía. Su brazo mutilado volvió á caer sobre el lecho.

—¡Ya, ya!—exclamó bajando su sombría mirada,

—veo que es preciso no olvidar eso. No, no lo olvidaré más. ¡Qué! ¿Me ha abandonado mi primo Anibal Cola?

—Mi capitán—respondió Pedro,—maese Anibal prometió que se hallaría presente cuando despartaseis.

—Es que no valgo ya gran cosa—murmuró amargamente el italiano;—he perdido las tres cuartas partes de mi ser, aun cuando me fuera posible llegar á manejar bien la espada con la mano izquierda. No faltará quien se figure que desde ahora se me podrá tratar como á un perro. ¿No habéis hecho dar una batida por la margen del río, para ver de encontrar á ese lobezno de Juan Roldán?

—Se ha hecho, pero inútilmente, capitán.

Las mandíbulas del italiano chocaban una contra otra.

—¡Por el infierno!—gritó con inusitada violencia.—¡Lo que es ese, no perderá nada por esperar!

—Pero ¿qué es lo que se oye?—preguntó apretando el oído;—¿es que la fiebre me ha vuelto loco? Parece oír un gran fuego de arcabucería...

—Desde el alba, capitán—replicó Pedro,—no han cesado de batirse entre las puertas de San Germán y Bucy.

—¿Es verdad?—exclamó Tarchino incorporándose sobre el codo de su brazo izquierdo.—¡Por Belcebú! ¡Eso es una pieza de artillería! ¿Por ventura mosén Olivier se propone arrasar el cuartel de San Andrés?

Antes de que los soldados pudieran replicar, abrióse la puerta y destacóse en su hueco el talle alto y delgado de Anibal Cola. Hizo éste una entrada teatral; envuelto en su holgada capa, fué á sentarse, sin desplegar los labios, á la cabecera del herido.

—¡Por fin os veo aquí, primo!—dijo Vincencio, á

quien la fatiga acababa de agotar las fuerzas;—¿qué noticias traéis?

Los dos soldados volviéronse todo oídos para escuchar; pero su curiosidad quedó defraudada: el charlatán les señaló la puerta con un aire de soberana majestad, y viéronse obligados á salir.

—Decid, ¿qué hay de nuevo?—repitió Tarchino.

Anibal medio cerró los ojos y cruzó los brazos sobre su pecho.

—No es el señor de Graville quien hace hablar á la artillería de la puerta Bucy,—murmuró con voz baja y lenta.

—¡Cómo!—empezó á decir Vincencio, lleno de estupefacción.

—No es tampoco el señor de Graville—continuó el empírico, modulando sus palabras como un actor en escena,—quien quiere arrasar el cuartel de San Andrés; es monseñor Luis, duque de Orleans, quien quiere echar abajo la casa de Olivier de Graville.

—¿El duque de Orleans?—exclamó Tarchino.—¡El duque en la puerta Bucy! ¿Es que la señora regente ha experimentado algún grande infortunio?

Anibal Cola asió el brazo izquierdo de su primo y le tomó el pulso con aire doctoral; Vincencio le vió sacudir la cabeza, y al rojo escarlata de sus mejillas sucedió una lívida palidez.

—¿Estoy peor?—preguntó.

—Sí—replicó el charlatán;—estáis peor.

—¿Creéis que moriré de ésta?

Anibal pareció reflexionar.

—Los horóscopos fallan raras veces—respondió:—dos ó tres veces he sacado el vuestro, y tres veces he visto que debéis morir con la soga al cuello.

—Entonces—exclamó Vincencio, cuyo semblante se serenó,—tenemos campo abierto. Deja esa fisonomía tan solemne, que sirve sólo para embaucar á

los bobos, y dime en plata: ¿cómo van nuestros asuntos?

—Los bobos, primo Vincencio—dijo con aspereza maese Anibal,—son los que tiemblan dentro de su pellejo á la primera amenaza de la ciencia, y que tan luego como se les da esperanza, se jactan orgullosamente de incrédulos. Pero yo te hablaré como tú deseas, porque yo no discuto jamás con las mujeres, con los niños ni con los calenturientos. La señora regente de Francia no ha sufrido ningún revés; antes al contrario, ha hecho las paces con el rey y cabalga en este momento por las calles de París conquistado, entre Carlos VIII y la duquesa de Bretaña.

—*Maledizione!*—exclamó Tarchino, cuya mirada indicaba el pavor.

No era éste el efecto que esperaba maese Anibal.

—Veo, primo, que tú no me comprendes—dijo.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Los golpes regulares de tu pulso—respondió el charlatán, que no había dejado su mano,—las miradas tranquilas de tus ojos, tu voz firme, todo me da á entender que no has comprendido el verdadero alcance de mis palabras.

Levantóse, apartó su capa y añadió:

—Olivier de Graville está perdido sin remisión alguna.

—¿Estás seguro de ello?—dijo Tarchino casi sonriendo.

El dolor atroz que sintió en su brazo izquierdo obligóle á cambiar esta sonrisa en una mueca horrible; pero Anibal había comprendido la intención y se fruncieron sus cejas.

—¡Estoy seguro de lo que digo!—prosiguió,—y más aún Olivier está aún más convencido que yo de esta verdad. Yo creo, Dios me perdone, que tiene intención de arrepentirse, siguiendo los consejos de Gui-

llermo de Soles, el loco fúnebre; porque al saber que Juan de Armagnac vivía aún, ha exclamado: «¡Alabado sea Dios!»

Los delgados y pérfidos labios de Tarchino se estremecieron.

—¿Estás cierto de lo que dices, primo?—preguntó.

—Lo he oído yo mismo de labios de Graville.

—Y cuando ha sabido que tenía yo el brazo destrozado, ¿qué es lo que ha dicho?

—Nada,—murmuró Anibal.

Tarchino reclinó su fatigada cabeza en la almohada, diciendo:

—¿No hay, por ventura, otro como tú, primo, para sacar horóscopos? Pues mira: hace mucho tiempo que he sacado el de Olivier. Si él hubiera dicho solamente: «¡qué desgracia!», ó bien «¡qué lástima!» ó cualquier frase de cajón, hubiera sido yo bastante tonto para agradecerse, lo cual me hubiera atado las manos... Pero continúa.

—¿Es que tú piensas también en hacer las paces?—preguntó maese Anibal acercándose.

—No te alarmes—replicó Vincencio;—soy un hombre previsor y husmeo el porvenir sin necesidad de consultar á los astros... ¿No sabes nada más?

Maese Anibal cambió de tono, porque se le ocurrió la idea de que Tarchino podía tener preparada una jugada maestra.

—Acuérdate de mí cuando llegue el caso, primo—murmuró.—Tocante á lo que me queda por referir, es muy poca cosa. Olivier de Graville, queriendo jugar la partida hasta el último extremo, ha hecho robar esta noche á la viuda del difunto duque de Nemours, que se hallaba en el mesón de la Urraca, aprovechando los momentos en que ha estado abierta la puerta de San Germán.

—¡Perfectamente!—exclamó Tarchino.—Es como

esas personas que sólo ven las cosas claras en el acto de la muerte. Apruebo esa idea y me prometo sacar de ella un buen provecho. ¿La duquesa Isabel está en el castillo de la Marche?

—Está aquí, en el figón del tío Amapola.

Los ojos de Vincencio brillaron.

—¡Bien, muy bien, retebién!—exclamó el capitán.

—Por dónde tendré que agradecer algo al señor de Gravelle una vez en toda la vida. ¿Y qué más?

—¿Qué más? Nada—respondió Aníbal, mientras registraba su memoria.—Nada, sino que Olivier me ha pedido un frasco lleno de bálsamo napolitano, por si llega á caer prisionero con vida.

—Eso es cosa que sólo á él interesa—dijo Vincencio con desdén.—Si se envenena, ahí está el río donde se arrojan los perros muertos.

Luego añadió fijando en Aníbal sus calenturientos ojos:

—Primo, si tú quieres ó puedes salvarme la vida, tendremos aún ocasión de pasar en este mundo horas felices. Que Gravelle caiga, nada tiene de particular: es una fruta madura; deja á Gravelle y ven á servirme con lealtad; yo poseo y conservo en cierto lugar, que me guardaré bien de decirte cuál es, un pergamino que nos ha de abrir las puertas de París cuando la ocasión sea llegada. Este pergamino es nuestra vida, y Juan de Armagnac es nuestra fortuna. Y yo me prometo que en este lago revuelto en que navega el reino de Francia, hallaremos el modo de poder pescar bastantes escudos de oro para vivir cómodamente hasta el día memorable en que decís he de morir ahorcado.

En tanto que hablaba así, los pómulos de Tarchino se colorearon más y más, y su mano, seca y ardiente, se crispó sobre la sábana.

—Mi buen primo—dijo maese Aníbal, intentando fingir un tono penetrante,—te agradezco sincera-

mente el que hayas pensado en mí. En punto á fidelidad, bien sabes tú que este es mi fuerte... Mirame, primo, cara á cara, y convéncete de que soy el más adicto de todos los servidores.

Tomó la mano izquierda de Tarchino como para estrecharla afectuosamente entre las suyas; pero lo que buscaba, en verdad, era volver á tomar el pulso.

—Vamos—dijo alegremente,—no hubiera creído jamás que un hombre pudiera soportar tan bien un accidente tan grave. Procura dormir algunas horas más, primo, y luego podrás abandonar el lecho.

Volvió á colocar el brazo de Tarchino bajo su envoltorio, é hizo el ademán imperioso del médico que ordena el silencio y el reposo. Al llegar á la puerta con paso majestuoso y acompasado, maese Aníbal Cola decía para su capote:

—¡Antes de concluir el día, nada tendría de particular que mi querido primo muriera de una explosión de rabia!

V

¡EN SALVO!

A cada instante aumentaba el número de soldados en las cercanías del castillo. Amapola y muchos otros creían que esto era de buen agüero; pero los soldados viejos sabían que esas compañías habían abandonado sus cantones dentro de París, y que lo que se veía no era más que un ejército de fugitivos.

Amapola, engañado por las apariencias, entregábase á quimeras llenas de esperanza y de ambición; tanto más, cuanto que no ignoraba que su casa era el refugio de importantes rehenes. Sentíase engorzar y crecer.